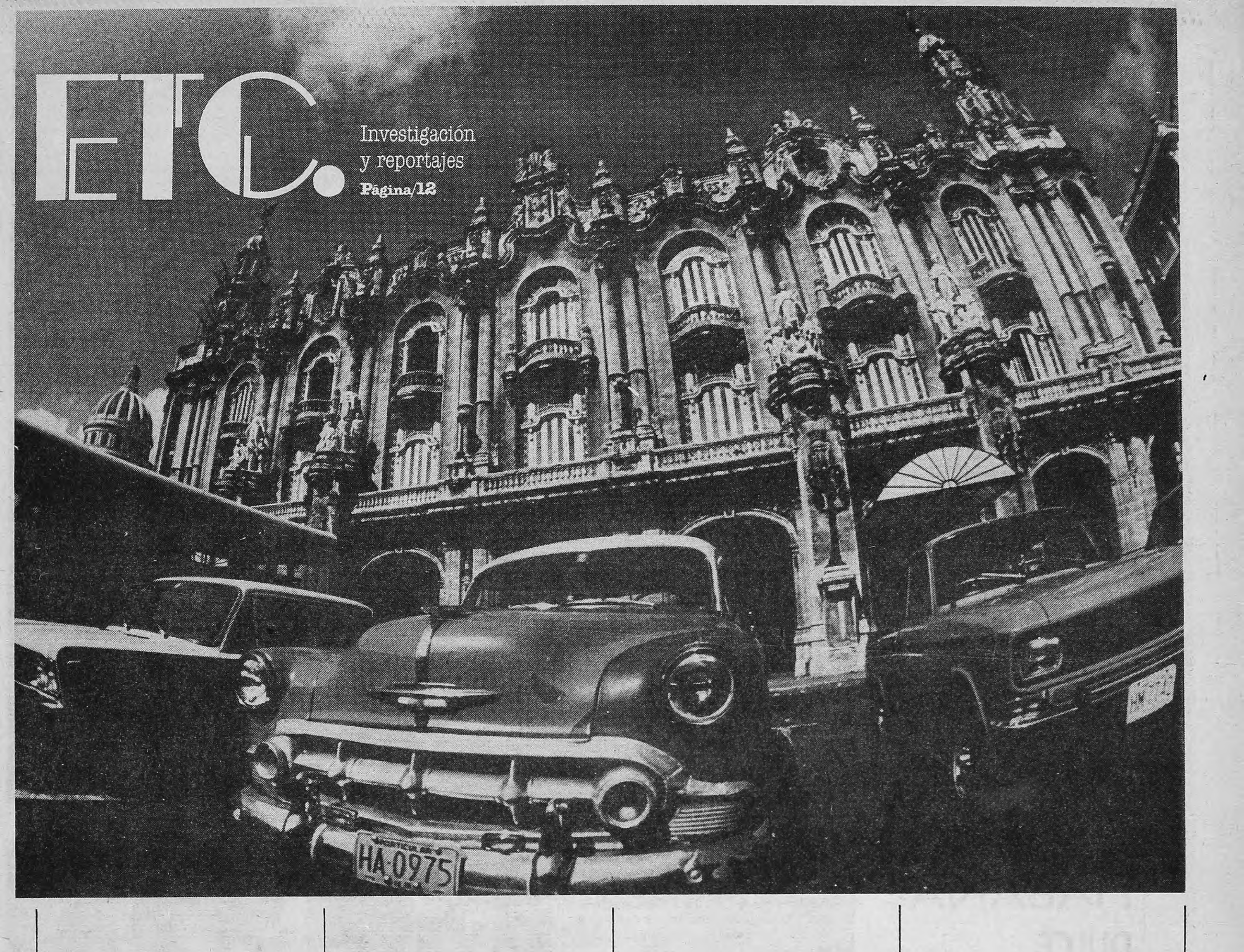


LA HABANA DULCE Y ESPESA

Los fantasmas de algunos santones vagan entre los edificios descascarados de La Habana, mientras que los anteriores focos de poder lucen imágenes de héroes barbudos, ya legendarias. Hoy los cubanos reconocen que hay corrupción y burocracia y prefieren dejar para mañana las charlas sobre la revolución, mientras los Chevrolet prerrevolucionarios aún discurren por las calles colmadas de escolares.

Texto: Manuel Vicent
Fotos: Rafael Wollmann

Acodado en el mostrador de la Bodeguita del Medio, un moreno casi intelectual, llamado Mayedo, frente a un ron sin hierbabuena, aún sueña con las aguas del Sahara, donde hasta hace poco, enrolado en una flota cubana, que ya ha quebrado, faenaba en la pesca del atún. Ahora trabaja la pesca con línea en la corriente del golfo de México; pero, según él, eso no es lo mismo. Cuando llega a tierra después de largas temporadas en la mar, Mayedo recala siempre al atardecer por la Bodeguita del Medio, y desde el taburete, en el extremo de la barra, medita ante un aguardiente y trata de echar el anzuelo a alguna tintorera alemana o lubina canadiense llegadas en vuelo charter a Cuba. A espaldas de la catedral, este pequeño colmado, famoso en La Habana, sin duda demasiado turístico, está atiborrado de fotos, firmas y nombres rayados en las maderas y en las paredes, que forman recodos y rincones íntimos alrededor de la cocina, y allí la gente, sobre todo si paga con divisas, toma mojitos y come congrí, moros y cristianos con cerdo, plátano machacado y fruta bomba al son de un trío de guitarra y maracas que cubre el yantar con canciones de amor y revolución. Mayedo aún no ha pescado nada esta vez. Es un joven cuadrado, y sus brazos lucen una fortaleza de atunero. No ama ni tampoco desdeña la política de su país. Sólo piensa en la libertad de la mar y en los bancos de extranjeras rubias que recorren el casco viejo de la ciudad hasta caer de forma obligada en este colmado. Pero hoy no ha habido suerte. En el figón sólo hay ahora algunas mulatas autóctonas cuyo trasero haría parar un tren, y entre el bullicio de risas tropicales y los vasos de ron que vuelan sobre la densidad de las cabezas, el tipo avizora con mirada de halcón alguna presa codiciada.

Durante la espera hablamos de otro célebre pescador que en Cuba recibe un culto desmesurado. Le pregunto si ha leído *El viejo y el mar*.

–Lo he leído –contesta el joven–.

–¿Sabía algo de eso Hemingway?

–Ese libro es de verdad. Parece que el hombre entendía del pez aguja, pero con la escopeta creo que iba de farol. Sus cacerías en Africa tienen un aire de agencia de viajes. Sin embargo, los viejos pescadores de Cojímar le enseñaron mucho, y uno de ellos le inspiró una obra maestra.

Ernest Hemingway arribó por primera vez a La Habana hacia el final de los años veinte, que le servía para remediarse de la ley seca de su país. Entonces se hospedaba en el hotel Ambos Mundos, un establecimiento de traza colonial, cerca del puerto, entre la Plaza de Armas y el abrevadero de Floridita. Abriéndose paso por la calle del Obispo, repleta de buhoneros, limpiabotas, mendigos azabaches, contrabandistas de ron, marineros en tierra, guaraperías que rezumaban jugo de caña, pequeños comerciantes con los tenderetes en la acera, vendedores que te arrancaban el brazo para introducirte en su tienda de abarrotes, en



Para el recién llegado no creyente, la primera impresión visual de La Habana es la de una ciudad desvencijada, llena de escolares.

LA HABANA
DULCE Y ESPESA

▶ medio de los gritos, aquel oso blanco sólo tenía que invertir cinco minutos hasta llegar al pie del daiquiri, que en la barra del tablado abierto el barman Constante le servía después de hacer de malabarista con la coctelera. Con el tiempo, el restaurante Floridita fue decorado con estilo Regency y sirvió platos de lujo con sello de Hamburgo en los cubiertos a otros viajeros famosos, Jean Paul Sartre, Tennessee Williams, Elliot, Ava Gardner, Gary Cooper pasaron por allí para firmar como clientes fijos los taburetes con sus ilustres posaderas, aunque este lugar se convirtió durante la dictadura de Batista en coto casi privado de grandes azucareros y capataces del régimen con sus respectivas cohortes de sicarios que, apostadas detrás de las cortinas de terciopelo, hacían guardia con pistolones visibles en la cadera mientras sus amos le entraban a la langosta braseada. Ahora, en Floridita, camareros estatales de etiqueta se mueven con pinta de bedeles en un museo, y otras comisiones oficiales del extranjero y las reatas de turismo canadienses, argentinos y alemanes tratan de rememorar los fantasmas que cubren las paredes. De aquellos tiempos de esplendor bucanero se conserva un busto de Hemingway en un rincón, acordonado y prohibido, donde él se sentaba a llenar el depósito.

Tampoco la calle del Obispo es la misma de antaño. Al parecer, este angosto trayecto debe el nombre a cierto purpurado que en el siglo pasado lo recorría diariamente cada tarde para visitar a la mulata Georgina, con la que tenía amores no muy secretos. Sigue siendo un camino bullicioso, lleno de cooperativas a medio gas. En la calle ya no se ven mendigos ni turbas de negritos con la tripa hinchada pidiendo limosna o chicles, pero todo está a un punto del descalabro detenido en ese instante en que la escasez se confunde con el orgullo. Me fascinan las ciudades que se desmoronan. En este sentido, La Habana Vieja podría ser una joya para estetas pasajeros. La ruina de las fachadas esconde íntimas luces que son fondos de un cuadro de Piero Della Francesca. Amarillos arañados, verdes de manzana podrida, azules desvaídos, rosas con tonalidades de siena o malvas sucios van formando distintas capas interiores, y el sol sesgado que fluye desde los aleros y sobradillos extrae de la mugre general un sueño dorado. Calles de O'Relly, Empedrado, Tejadillo, Obrapía, Lamparilla, Amargura. Por el laberinto de La Habana Vieja aún discurren Chevrolet prerrevolucionarios de los años cincuenta, remendados con alambres y cartones.

La falta de repuestos ha convertido a estos automóviles en creaciones del espíritu, en productos de la imaginación. También pasan Lada soviéticos, pero este espacio tiene un espesor tropical de carácter humano fundamentalmente y está habitado por el pueblo llano, que se compone de ejemplares muy excitantes a la vista. Enormes, terribles traseros de media tonelada arrastran algunas mulatas cuarentonas, adornadas con un pañuelo de colores en la cabeza. El fulgor de vida brilla en los ojos de las negritas adolescentes. Qué cansancio o mórbido sopor de carne desmadejada invade las esquinas y encrucijadas hasta llenar este ámbito de un estancado aroma de sexo. El aire es dulce, los colores contienen sucesivas capas de luz en el interior de las paredes, las miradas son húmedas, y todo eso, bajo los efectos del ron, la hierbabuena y el azúcar, hace que uno confunda el cuerpo con la atmósfera, que rezuma un vaho de humanidad caliente en la Bodeguita del Medio. Evidentemente, el mulato Mayedo elude hablar de política. Sin duda, él está a gusto consigo mismo y con las cosas. Se deja llevar por la existencia.

–¿Ya ha ido usted a Tropicana? –me pregunta–.

–Vi el espectáculo en otro viaje.

–Es una cosa para turistas.

–Eso parece.

Casi 30 años después del triunfo de la revolución, el cabaré Tropicana ya no es un casino de juego, aunque el espectáculo musical que acompañaba a aquel lejano fragor de la ruleta se conserva íntegro como una pieza de cultura, la cual ha sido bien fregada con un poderoso detergente hasta la última fibra para dejarlo limpio de pasiones. La tropa de fascinantes mulatas, cuyo cuerpo excede la perfección, agita la firme y suavísima pulpa de sus bajos con el mismo frenesí de los tiempos dorados de la putrefacción capitalista, sólo que ahora aquellos yanquis de camisa floreada han sido sustituidos en las mesas por grupos soviéticos de cuello macizo con corbata ancha, y entre el público hay muchas delegaciones de Alemania Oriental y ejecutivos revolucionarios con diseño angolano, y tal vez eso le quita a la danza la inspiración que exhala el vicio. Tropicana es un Bolshoi rodeado de cocoteros, donde el gran demonio hembra del Caribe realiza una tabla de gimnasia sólo con el vientre, y da la sensación de que si una rumbera equivoca el paso, la



Cuando llega a tierra Mayedo recala en la Bodeguita del Medio.

mandan a cortar caña. Esta es la sensación que tuve cuando vi el espectáculo por primera vez. Y así lo escribí entonces.

Dentro de este patio tropical, huríes de chocolate penden de las pencas de algunas palmas reales bajo las estrellas, y en la oscuridad fosforescente se desarrolla una función total que es mezcla de fruta y carne; senos de mango, muslos de guayaba, sexos de papaya, profundas lenguas de mamey, hirsutos pezones de nácar como puntas de pita y un perifollo de piña en el vestuario desnudo. La selva repica en un granizado de bongos. ¿Acaso fuera de aquí será tan hermosa la revolución?

Las mulatas bailan en la copa de los árboles al ritmo de las maracas y bajan después a rebañar tu plato con las caderas. Esto no es la revolución, sino la puerta turística por donde se entra todavía en La Habana.

–Señoras y señores: el colectivo Tropicana tiene el gusto de ofrecerles a ustedes…

–Ha dicho el colectivo.

–¿Te parece mal?

La presentadora anuncia el espectáculo con unas palabras en español, que seguidamente traduce al ruso y a algún otro idioma del Este lejano. Por último, como a regañadientes, también habla en inglés. Ahora llega el número esclavista, un misterioso danzón aborigen, y la noche en Cuba no puede ser más dulce. Mientras una pareja al pie de los tamarindos realizaba con atlética sensualidad el rito de la iniciación, yo, entonces, en mi primer viaje, me entretenía pensando en aquellos tiempos del pasado, cuando los aviones cargados de turistas norteamericanos con un daiquiri en la mano sobrevolaban todo el burdel de La Habana y los gangsters atracaban sus yates en el puerto o en los malecones de los clubes exclusivos, y aquí abajo había un tirano cuarterón que ejercía de capataz con un pistolón junto a la huevera. Felices y podridos días de los años cincuenta. En las calles de La Habana hervían los dólares y la ciudad entera se movía en una fiesta excitada de pobreza y lujuria: se sucedían las peleas de gallos; negritos de tripa hinchada rodeaban los Cadillac majestuosos que se abrían paso entre la multitud de lisiados, los cuales pregonaban cupones y loterías; en la cresta del hotel Nacional ardía el anuncio del casino, estaba recién inaugurado el Hilton, los limpiabotas bailaban la guaracha alrededor de los zapatos de proxeneta, los negros iban armados sólo con la escoba, desde los carritos del guarapo salían gritos sabrosones que se confundían con otros alaridos de buhonero, el puterío se cargaba con pala en las esquinas y los verdaderos señores, azucareros o no, vivían cobijados en las mansiones de El Vedado o de Miramar. Todo eso se ha ido al diablo.

Para el recién llegado no creyente, aunque de buena fe, la primera impresión visual de La Habana es la de una ciudad desvencijada, un poco resquebrajada, llena de escolares. Continuas formaciones de niños de primer grado con pantalón rojo desfilan por las aceras o juegan y hacen gimnasia detrás de las verjas de muchas residencias incautadas y grupos de pioneros con el pañuelito en el cuello o estudiantes preuniversitarios con uniforme amarillo lo pueblan todo, y parece como si la juventud se hubiera apoderado de un campamento. No se ve un solo harapo. Todo el mundo está bien comido, dentro de una austeridad compartida con un rigor que en apariencia es absoluto, pero cualquier turista con un mechero, frasco de perfume, pantalón vaquero, bragas de encaje o blusita de seda, aún puede hacer maravillas en el corazón de una mujer. Un neurocirujano que te opera del cerebro queda deslumbrado por un bolígrafo. Es el resultado de la escasez, el juego de los espejitos del capitalismo, que no ha cesado de brillar a lo lejos. Los viejos edificios de las compañías de exportación colonial, los bancos de antiguos mármoles y columnatas pretenciosas, las inmensas moles grandilocuentes del Centro Gallego o Asturiano, que antes eran focos de poder económico, hoy son museos, bibliotecas, teatros y oficinas estatales repletas de burócratas, y los vestíbulos y salones están cubiertos de carteles con consignas de producción o de educación política, o lucen imágenes de los héroes barbudos, ya legendarios. Con cierta desgana, el moreno Mayedo, en la Bodeguita del Medio, me da su opinión:

–Mire usted. Aquí, los jefes más altos, Fidel y algunos que le rodean, aún mantienen el fuego sagrado de la revolución con el mismo brío de los primeros años. Pelean duro con los enemigos de fuera y la corrupción de dentro.

–¿Existe corrupción en Cuba?

–Hay burocracia y todo el mundo lo sabe. La burocracia, cada vez es más visible. Muchas cosas no funcionan por la desidia o el desinterés de ciertas capas medias que lo van minando todo. Aquí lo más sano todavía está en el pueblo de abajo. La gente sencilla no ha perdido la fe. Y le diré otra cosa.

–Qué.

–Puede que la revolución sea un fracaso, pero algo está absolutamente claro: los yanquis no volverán jamás a poner el pie en Cuba. Yo, por ejemplo, soy apolítico, y antes de que eso pasara me dejaría matar. No me gusta hablar de esto. Un servidor sólo está interesado en el trabajo en la mar y en la caza de extranjeras rubias cuando ando por tierra. ¿Se ha dado usted cuenta de lo lindas que son ésas que acaban de entrar?

–Calma, muchacho, un poco de calma.

–Se me nota mucho la prisa, ¿no es verdad?

Junto a la Bodeguita del Medio se halla la casa donde Alejo Carpentier situó la acción de *El siglo de las luces*. Ese palacete, restaurado, flamea como una bombonera colonial, y allí se conservan con una devoción fetichista los manuscritos, fotografías, recuerdos y algunos enseres del escritor, y en las estancias aún parece que habita Esteban, o tal vez resuena la voz gangosa y afrancesada de su creador. El porche cuadrangular, de gráciles columnas, forma un patio interior, y las palmas reales y otras plantas tropicales trepan de manera carnosa hasta la galería alta, enramada de jeribeques y adornos florales pintados de azul. Este edificio constituye un ejemplo de las residencias señoriales o de las mansiones de la aristocracia pontificia de La Habana, que luego copiaron los millonarios en sus palacetes de El Vedado. El medio punto cubano, compuesto de vitrales, va filtrando sucesivamente la luz violenta del trópico hasta dejarla suave en los rincones de las amplias salas, divididas con mamparas en cuyos cristales está grabada al fuego una flora modernista. Uno imagina a los grandes amos de antaño recién salidos de la ducha vespertina con guayabera planchada, en las tardes de sopor veraniego, tomando refrescos mentolados con ademanes lentos y pastosos.

Cualquier clase de lujo ha sido erradicado de este lugar. Las antiguas fortalezas del puerto, la Plaza de Armas y la Plaza de la Catedral, no obstante, han sido devueltas a su pasado esplendor mediante una restauración paciente y costosísima.

La Habana Vieja, declarada por la UNESCO patrimonio de la humanidad, volverá a recobrar lentamente el sueño de otros tiempos, y si este empeño se completa un día, el recinto se convertirá en una gran conquista de la revolución y la cultura, pero ahora este barrio popular permanece casi en un estado de ruina, y uno puede todavía extasiarse en medio de la suciedad con el caldo de la vida tal como es. No existe mejor ejercicio para la sabiduría que contemplar con virginidad en los ojos el lento paso de la gente por estas callejas empedradas bajo la ropa tendida en los miradores decimonónicos, escuchar las voces calientes de las mulatas que se llaman de balcón a balcón, descubrir los íntimos colores desvaídos o sucios que visten las paredes y dejarse inundar por la espesura del sexo, que fluye de todos los movimientos corporales hasta que el deseo se solidifica.

Por otra parte, nunca olvidaré aquel amanecer de La Habana que me sorprendió insomne en la terraza del hotel. Ni tampoco el crepúsculo de una tarde cuando todo el oro se había posado en las fachadas de la gloriosa curva del malecón. Puedo asegurar que esos han constituido dos momentos de máxima intensidad estética en mi vida. Yo tenía, de madrugada, La Habana allí abajo, y la ciudad estaba sumida en una capa de niebla, de donde lentamente iba emergiendo a medida que el sol se levantaba con llamas de un gran incendio de nubes por el lado de Cojímar, detrás de la bahía. Desde el interior de la bruma, que era de un color malva lívido y rosado, surgía la cúpula del Capitolio, la figura danzante de la Giraldilla, otras torres y campanarios, la cúspide de algunos edificios, mientras los perfiles de las fortalezas del Morro y de la Cabaña, frente al macizo de La Punta, quedaban dibujados sobre el fondo de la hoguera. Una brisa de carne me acariciaba los sentidos y aún reinaba el dormido silencio en los hombres y en las cosas. Ante este espectáculo fastuoso de la naturaleza pensé en el meridiano político que divide al mundo y creí soñar que esa línea pasaba por debajo de mis pies atravesando tanta belleza. Tal vez lo que la humanidad será dentro de 100 años estaba germinando en esta ciudad ahora, y el esplendor de aquel amanecer no impedía que me fraguara en lo más profundo del cuerpo la pasión por los placeres de la vida cuando La Habana despertaba en medio de una austeridad espartana. Pronto el sol se apoderó de todo. En las calles comenzaron a rodar Chevrolet desvencijados, Lada estatales, camiones renqueantes, y las guaguas pasaban enracimadas de gente con las piernas por fuera de la ventanilla. La ciudad tomó el sonido habitual. Y el sueño se esfumó.

Toda La Habana está calzada con soportales, y miles de columnas de cualquier estilo posible mantienen las fachadas para establecer largos atrios de sombra que sirven para guarecerse del fuego solar y de los aguaceros tropicales. Uno puede echarse por la ciudad a ver cosas, rostros, ademanes, rejas, sobradillos, balcones, culos, museos y lugares típicos de peregrinación siguiendo las normas del perfecto turista. Hay que comer en El Patio o tomar un daiquiri en Floridita, o saborear un helado en Coppelia. La Habana comienza a ser asaltada, de un tiempo a esta parte, por un turismo a gran escala, que acude al reclamo publicitario según la receta de los folletos. Para la mayoría de los viajeros, este país se ha convertido en un breve sueño de 15 días de vacaciones, y en ellas espera encontrar playas de arena blanca y finísima lamidas por aguas de coral, mulatas sonrientes amorosas y langostas braseadas bajo la suprema potestad del dólar. Cualquier viajero llegado a Cuba desde el espacio capitalista trae los ojos bien abiertos para ver cualquier fallo de la revolución. Es posible que sorprenda a un conductor de la guagua que decide detener por su cuenta el carromato para charlar con un conocido en la acera o tomar tranquilamente café mientras los pasajeros esperan sin protestar, o que compruebe que los taxistas llevan un trayecto en su caprichosa cabeza que nunca coincide con el tuyo. Cierto sopor cansado, ordenancista y burocrático puede incluso envolverte.

Pero La Habana esconde un misterio que es bien visible. Yo no cambiaría por nada aquella puesta de sol, cuando la gloriosa curva del malecón, formada por palacetes casi en ruinas, resplandecía con una gama de oro viejo, azules arañados, rosas sucios y amarillos penetrados de verdes intensos, y la luz pasaba a través de los balcones sin ventanas hacia un interior habitado por mulatos somnolientos, cuya austeridad no ha doblegado su orgullo.

Cuba puede exportar médicos, maestros, ingenieros, a medio mundo. La Habana está también poblada de estudiantes extranjeros llegados de muchos países de Africa, de América latina y del este europeo.

La ciudad se ha constituido en una fábrica de cultura revolucionaria, aunque yo sólo quiero hablar de la morbidez de su aire, del caliente perfume de carne que exhala su gente, de ese cubano medio ajeno a la política que vive los días pensando sólo en los placeres que se hallan a mano más allá de la cartilla de racionamiento. El moreno Mayedo es un ejemplo estelar de lo que está sucediendo ahora en La Habana. El no habla de la revolución, sino de la propia existencia. Está contento de la vida. Ahora, en la Bodeguita del Medio, acaba de cazar con la mirada a una muchacha canadiense. Ella acude al extremo de la barra y el chico la invita a un ron con hierbabuena. Ambos sonríen. Luego, llevados por el espesor sensual del ambiente, tímidamente ensayan una caricia. Por fin quedan los dos atrapados. Ella sólo piensa en un amor violento y pasajero a cargo de este ser musculoso, que luce brazos de atunero. El sólo espera llevar esa noche a la chica a una posada para hacerse un nudo con semejante tintorera. Mayedo me mira con cierta complicidad, y después de media hora, cuando ya ha llegado al pacto, conduce a la muchacha con dulzura, por las caderas, hacia la puerta, y desde allí me grita:

–Mañana hablaremos de la revolución.

–Eso es. Mañana.

–Adiós.

Anochece sobre La Habana. La oscuridad es dulce y espesa. En el casco viejo de la ciudad, la vida fermenta con tal fuerza que nadie podrá nunca detenerla.



Las mulatas del cabaret Tropicana agitan sus bajos con el mismo frenesí de los tiempos dorados del capitalismo. Otras, sin embargo, se ocupan de oficios más terrestres que bailar al ritmo de las maracas.



Sábado 22 de agosto de 1987

Para el recién llegado no creyente, la primera impresión visual de La Habana es la de una ciudad desvencijada, llena de escolares.

LA HABANA

DULCE Y ESPESA

medio de los gritos, aquel oso blanco sólo tenía que invertir cinco minutos hasta llegar al pie del daiquiri, que en la barra del tablado abierto el barman Constante le servía después de hacer de malabarista con la coctelera. Con el tiempo, el restaurante Floridita fue decorado con estilo Regency y sirvió platos de lujo con sello de Hamburgo en los cubiertos a otros viajeros famosos, Jean Paul Sartre, Tennessee Williams, Elliot, Ava Gardner, Gary Cooper pasaron por allí para firmar como clientes fijos los taburetes con sus ilustres posaderas, aunque este lugar se convirtió durante la dictadura de Batista en coto casi privado de grandes azucareros y capataces del régimen con sus respectivas cohortes de sicarios que, apostadas detrás de las cortinas de terciopelo, hacían guardia con pistolones visibles en la cadera mientras sus amos le entraban a la langosta braseada. Ahora, en Floridita, camareros estatales de etiqueta se mueven con pinta de bedeles en un museo, y otras comisiones oficiales del extranjero y las reatas de turismo canadienses, argentinos y alemanes tratan de rememorar los fantasmas que cubren las paredes. De aquellos tiempos de esplendor bucanero se conserva un busto de Hemingway en un rincón, acordonado y prohibido, donde él se sentaba a llenar el depósito.

Tampoco la calle del Obispo es la misma de antaño. Al parecer, este angosto trayecto debe el nombre a cierto purpurado que en el siglo pasado lo recorría diariamente cada tarde para visitar a la mulata Georgina, con la que tenía amores no muy secretos. Sigue siendo un camino bullicioso, lleno de cooperativas a medio gas. En la calle ya no se ven mendigos ni turbas de negritos con la tripa hinchada pidiendo limosna o chicles, pero todo está a un punto del descalabro detenido en ese instante en que la escasez se confunde con el orgullo. Me fascinan las ciudades que se desmoronan. En este sentido, La Habana Vieja podría ser una joya para estetas pasajeros. La ruina de las fachadas esconde íntimas luces que son fondos de un cuadro de Piero Della Francesca. Amarillos arañados, verdes de manzana podrida, azules desvaídos, rosas con tonalidades de siena o malvas sucios van formando distintas capas interiores, y el sol sesgado que fluye desde los aleros y sobradillos extrae de la mugre general un sueño dorado. Calles de O'Relly, Empedrado, Tejadillo, Obrapía, Lamparilla, Amargura. Por el laberinto de La Habana Vieja aún discurren Chevrolet prerrevolucionarios de los años cincuenta, remendados con alambres y cartones.

La falta de repuestos ha convertido a estos automóviles en creaciones del espíritu, en productos de la imaginación. También pasan Lada soviéticos, pero este espacio tiene un espesor tropical de carácter humano fundamentalmente y está habitado por el pueblo llano, que se compone de ejemplares muy excitantes a la vista. Enormes, terribles traseros de media tonelada arrastran algunas mulatas cuarentonas, adornadas con un pañuelo de colores en la cabeza. El fulgor de vida brilla en los ojos de las negritas adolescentes. Qué cansancio o mórbido sopor de carne desmadejada invade las esquinas y encrucijadas hasta llenar este ámbito de un estancado aroma de sexo. El aire es dulce, los colores contienen sucesivas capas de luz en el interior de las paredes, las miradas son húmedas, y todo eso, bajo los efectos del ron, la hierbabuena y el azúcar, hace que uno confunda el cuerpo con la atmósfera, que rezuma un vaho de humanidad caliente en la Bodeguita del Medio. Evidentemente, el mulato Mayedo elude hablar de política. Sin duda, él está a gusto consigo mismo y con las cosas. Se deja llevar por la existencia.

–*¿Ya ha ido usted a Tropicana? –me pregunta–.*

–*Vi el espectáculo en otro viaje.*

–*Es una cosa para turistas.*

–*Eso parece.*

Casi 30 años después del triunfo de la revolución, el cabaré Tropicana ya no es un casino de juego, aunque el espectáculo musical que acompañaba a aquel lejano fragor de la ruleta se conserva íntegro como una pieza de cultura, la cual ha sido bien fregada con un poderoso detergente hasta la última fibra para dejarlo limpio de pasiones. La tropa de fascinantes mulatas, cuyo cuerpo excede la perfección, agita la firme y suavísima pulpa de sus bajos con el mismo frenesí de los tiempos dorados de la putrefacción capitalista, sólo que ahora aquellos yanquis de camisa floreada han sido sustituidos en las mesas por grupos soviéticos de cuello macizo con corbata ancha, y entre el público hay muchas delegaciones de Alemania Oriental y ejecutivos revolucionarios con diseño angolano, y tal vez eso le quita a la danza la inspiración que exhala el vicio. Tropicana es un Bolshoi rodeado de cocoteros, donde el gran demonio hembra del Caribe realiza una tabla de gimnasia sólo con el vientre, y da la sensación de que si una rumbera equivoca el paso, la mandan a cortar caña. Esta es la sensación que tuve cuando vi el espectáculo por primera vez. Y así lo escribí entonces.



Cuando llega a tierra Mayedo recala en la Bodeguita del Medio.

Dentro de este patio tropical, huríes de chocolate penden de las pencas de algunas palmas reales bajo las estrellas, y en la oscuridad fosforescente se desarrolla una función total que es mezcla de fruta y carne; senos de mango, muslos de guayaba, sexos de papaya, profundas lenguas de mamey, hirsutos pezones de nácar como puntas de pita y un perifollo de piña en el vestuario desnudo. La selva repica en un granizado de bongos. ¿Acaso fuera de aquí será tan hermosa la revolución?

Las mulatas bailan en la copa de los árboles al ritmo de las maracas y bajan después a rebañar tu plato con las caderas. Esto no es la revolución, sino la puerta turística por donde se entra todavía en La Habana.

–*Señoras y señores: el colectivo Tropicana tiene el gusto de ofrecerles a ustedes...*

–*Ha dicho el colectivo.*

–*¿Te parece mal?*

La presentadora anuncia el espectáculo con unas palabras en español, que seguidamente traduce al ruso y a algún otro idioma del Este lejano. Por último, como a regañadientes, también habla en inglés. Ahora llega el número esclavista, un misterioso danzón aborigen, y la noche en Cuba no puede ser más dulce. Mientras una pareja al pie de los tamarindos realizaba con atlética sensualidad el rito de la iniciación, yo, entonces, en mi primer viaje, me entretenía pensando en aquellos tiempos del pasado, cuando los aviones cargados de turistas norteamericanos con un daiquiri en la mano sobrevolaban todo el burdel de La Habana y los gangsters atracaban sus yates en el puerto o en los malecones de los clubes exclusivos, y aquí abajo había un tirano cuarterón que ejercía de capataz con un pistolón junto a la huevera. Felices y podridos días de los años cincuenta. En las calles de La Habana hervían los dólares y la ciudad entera se movía en una fiesta excitada de pobreza y lujuria: se sucedían las peleas de gallos; negritos de tripa hinchada rodeaban los Cadillac majestuosos que se abrían paso entre la multitud de lisiados, los cuales pregonaban cupones y loterías; en la cresta del hotel Nacional ardía el anuncio del casino, estaba recién inaugurado el Hilton, los limpiabotas bailaban la guaracha alrededor de los zapatos de proxeneta, los negros iban armados sólo con la escoba, desde los carritos del guarapo salían gritos sabrosones que se confundían con otros alaridos de buhonero, el puterío se cargaba con pala en las esquinas y los verdaderos señores, azucareros o no, vivían cobijados en las mansiones de El Vedado o de Miramar. Todo eso se ha ido al diablo.

Para el recién llegado no creyente, aunque de buena fe, la primera impresión visual de La Habana es la de una ciudad desvencijada, un poco resquebrajada, llena de escolares. Continuas formaciones de niños de primer grado con pantalón rojo desfilan por las aceras o juegan y hacen gimnasia detrás de las verjas

de muchas residencias incautadas y grupos de pioneros con el pañuelito en el cuello o estudiantes preuniversitarios con uniforme amarillo lo pueblan todo, y parece como si la juventud se hubiera apoderado de un campamento. No se ve un solo harapo. Todo el mundo está bien comido, dentro de una austeridad compartida con un rigor que en apariencia es absoluto, pero cualquier turista con un mechero, frasco de perfume, pantalón vaquero, bragas de encaje o blusita de seda, aún puede hacer maravillas en el corazón de una mujer. Un neurocirujano que te opera del cerebro queda deslumbrado por un bolígrafo. Es el resultado de la escasez, el juego de los espejitos del capitalismo, que no ha cesado de brillar a lo lejos. Los viejos edificios de las compañías de exportación colonial, los bancos de antiguos mármoles y columnatas pretenciosas, las inmensas moles grandilocuentes del Centro Gallego o Asturiano, que antes eran focos de poder económico, hoy son museos, bibliotecas, teatros y oficinas estatales repletas de burócratas, y los vestíbulos y salones están cubiertos de carteles con consignas de producción o de educación política, o lucen imágenes de los héroes barbudos, ya legendarios. Con cierta desgana, el moreno Mayedo, en la Bodeguita del Medio, me da su opinión:

–Mire usted. Aquí, los jefes más altos, Fidel y algunos que le rodean, aún mantienen el fuego sagrado de la revolución con el mismo brío de los primeros años. Pelean duro con los enemigos de fuera y la corrupción de dentro.

–¿Existe corrupción en Cuba?

–Hay burocracia y todo el mundo lo sabe. La burocracia, cada vez es más visible. Muchas cosas no funcionan por la desidia o el desinterés de ciertas capas medias que lo van minando todo. Aquí lo más sano todavía está en el pueblo de abajo. La gente sencilla no ha perdido la fe. Y le diré otra cosa.

–Qué.

–Puede que la revolución sea un fracaso, pero algo está absolutamente claro: los yanquis no volverán jamás a poner el pie en Cuba. Yo, por ejemplo, soy apolítico, y antes de que eso pasara me dejaría matar. No me gusta hablar de esto. Un servidor sólo está interesado en el trabajo en la mar y en la caza de extranjeras rubias cuando ando por tierra. ¿Se ha dado usted cuenta de lo lindas que son ésas que acaban de entrar?

–Calma, muchacho, un poco de calma.

–Se me nota mucho la prisa, ¿no es verdad?

Junto a la Bodeguita del Medio se halla la casa donde Alejo Carpentier situó la acción de *El siglo de las luces*. Ese palacete, restaurado, flamea como una bombonera colonial, y allí se conservan con una devoción fetichista los manuscritos, fotografías, recuerdos y algunos enseres del escritor, y en las estancias aún parece que habita Esteban, o tal vez resuena la voz gangosa y afrancesada de su creador. El porche cuadrangular, de gráciles columnas, forma un patio interior, y las palmas reales y otras plantas tropicales trepan de manera carnosa hasta la galería alta, enramada de jeribeques y adornos florales pintados de azul. Este edificio constituye un ejemplo de las residencias señoriales o de las mansiones de la aristocracia pontificia de La Habana, que luego copiaron los millonarios en sus palacetes de El Vedado. El medio punto cubano, compuesto de vitrales, va filtrando sucesivamente la luz violenta del trópico hasta dejarla suave en los rincones de las amplias salas, divididas con mamparas en cuyos cristales está grabada al fuego una flora modernista. Uno imagina a los grandes amos de antaño recién salidos de la ducha vespertina con guayabera planchada, en las tardes de sopor veraniego, tomando refrescos mentolados con ademanes lentos y pastosos.

Cualquier clase de lujo ha sido erradicado de este lugar. Las antiguas fortalezas del puerto, la Plaza de Armas y la Plaza de la Catedral, no obstante, han sido devueltas a su pasado esplendor mediante una restauración paciente y costosísima.

La Habana Vieja, declarada por la UNESCO patrimonio de la humanidad, volverá a recobrar lentamente el sueño de otros tiempos, y si este empeño se completa un día, el recinto se convertirá en una gran conquista de la revolución y la cultura, pero ahora este barrio popular permanece casi en un estado de ruina, y uno puede todavía extasiarse en medio de la suciedad con el caldo de la vida tal como es. No existe mejor ejercicio para la sabiduría que contemplar con virginidad en los ojos el lento paso de la gente por estas callejas empedradas bajo la ropa tendida en los miradores decimonónicos, escuchar las voces calientes de las mulatas que se llaman de balcón a balcón, descubrir los íntimos colores desvaídos o sucios que visten las paredes y dejarse inundar por la espesura del sexo, que fluye de todos los movimientos corporales hasta que el deseo se solidifica.

Por otra parte, nunca olvidaré aquel amanecer de La Habana que me sorprendió insomne en la terraza del hotel. Ni tampoco el crepúsculo de una tarde cuando todo el oro se había posado en las fachadas de la gloriosa curva del malecón. Puedo asegurar que esos han constituido dos momentos de máxima intensidad estética en mi vida. Yo tenía, de madrugada, La Habana allí abajo, y la ciudad estaba sumida en una capa de niebla, de donde lentamente iba emergiendo a medida que el sol se levantaba con llamas de un gran incendio de nubes por el lado de Cojímar, detrás de la bahía. Desde el interior de la bruma, que era de un color malva lívido y rosado, surgía la cúpula del Capitolio, la figura danzante de la Giraldilla, otras torres y campanarios, la cúspide de algunos edificios, mientras los perfiles de las fortalezas del Morro y de la Cabaña, frente al macizo de La Punta, quedaban dibujados sobre el fondo de la hoguera. Una brisa de carne me acariciaba los sentidos y aún reinaba el dormido silencio en los hombres y en las cosas. Ante este espectáculo fastuoso de la naturaleza pensé en el meridiano político que divide al mundo y creí soñar que esa línea pasaba por debajo de mis pies atravesando tanta belleza. Tal vez lo que la humanidad será dentro de 100 años estaba germinando en esta ciudad ahora, y el esplendor de aquel amanecer no impedía que me fraguara en lo más profundo del cuerpo la pasión por los placeres de la vida cuando La Habana despertaba en medio de una austeridad espartana. Pronto el sol se apoderó de todo. En las calles comenzaron a rodar Chevrolet desvencijados, Lada estatales, camiones renqueantes, y las guaguas pasaban enracimadas de gente con las piernas por fuera de la ventanilla. La ciudad tomó el sonido habitual. Y el sueño se esfumó.

Toda La Habana está calzada con soportales, y miles de columnas de cualquier estilo posible mantienen las fachadas para establecer largos atrios de sombra que sirven para guarecerse del fuego solar y de los aguaceros tropicales. Uno puede echarse por la ciudad a ver cosas, rostros, ademanes, rejas, sobradillos, balcones, culos, museos y lugares típicos de peregrinación siguiendo las normas del perfecto turista. Hay que comer en El Patio o tomar un daiquiri en Floridita, o saborear un helado en Coppelia. La Habana comienza a ser asaltada, de un tiempo a esta parte, por un turismo a gran escala, que acude al reclamo publicitario según la receta de los folletos. Para la mayoría de los viajeros, este país se ha convertido en un breve sueño de 15 días de vacaciones, y en ellas espera encontrar playas de arena blanca y finísima lamidas por aguas de coral, mulatas sonrientes amorosas y langostas braseadas bajo la suprema potestad del dólar. Cualquier viajero llegado a Cuba desde el espacio capitalista trae los ojos bien abiertos para ver cualquier fallo de la revolución. Es posible que sorprenda a un conductor de la guagua que decide detener por su cuenta el carromato para charlar con un conocido en la acera o tomar tranquilamente café mientras los pasajeros esperan sin protestar, o que compruebe que los taxistas llevan un trayecto en su caprichosa cabeza que nunca coincide con el tuyo. Cierto sopor cansado, ordenancista y burocrático puede incluso envolverte.

Pero La Habana esconde un misterio que es bien visible. Yo no cambiaría por nada aquella puesta de sol, cuando la gloriosa curva del malecón, formada por palacetes casi en ruinas, resplandecía con una gama de oro viejo, azules arañados, rosas sucios y amarillos penetrados de verdes intensos, y la luz pasaba a través de los balcones sin ventanas hacia un interior habitado por mulatos somnolientos, cuya austeridad no ha doblegado su orgullo.

Cuba puede exportar médicos, maestros, ingenieros, a medio mundo. La Habana está también poblada de estudiantes extranjeros llegados de muchos países de Africa, de América latina y del este europeo.

La ciudad se ha constituido en una fábrica de cultura revolucionaria, aunque yo sólo quiero hablar de la morbidez de su aire, del caliente perfume de carne que exhala su gente, de ese cubano medio ajeno a la política que vive los días pensando sólo en los placeres que se hallan a mano más allá de la cartilla de racionamiento. El moreno Mayedo es un ejemplo estelar de lo que está sucediendo ahora en La Habana. El no habla de la revolución, sino de la propia existencia. Está contento de la vida. Ahora, en la Bodeguita del Medio, acaba de cazar con la mirada a una muchacha canadiense. Ella acude al extremo de la barra y el chico la invita a un ron con hierbabuena. Ambos sonríen. Luego, llevados por el espesor sensual del ambiente, tímidamente ensayan una caricia. Por fin quedan los dos atrapados. Ella sólo piensa en un amor violento y pasajero a cargo de este ser musculoso, que luce brazos de atunero. El sólo espera llevar esa noche a la chica a una posada para hacerse un nudo con semejante tintorera. Mayedo me mira con cierta complicidad, y después de media hora, cuando ya ha llegado al pacto, conduce a la muchacha con dulzura, por las caderas, hacia la puerta, y desde allí me grita:

–Mañana hablaremos de la revolución.

–Eso es. Mañana.

–Adiós.

Anochece sobre La Habana. La oscuridad es dulce y espesa. En el casco viejo de la ciudad, la vida fermenta con tal fuerza que nadie podrá nunca detenerla.

●

Las mulatas del cabaret Tropicana agitan sus bajos con el mismo frenesí de los tiempos dorados del capitalismo. Otras, sin embargo, se ocupan de oficios más terrestres que bailar al ritmo de las maracas.



MENOTTI ○○○

VAIVENES DE UN REFORMISTA DEL FUTBOL

Texto: Antonio Marimón
Foto: Agencia Staff 3

Boca es un hecho cultural'', dijo César Luis Menotti a un periodista de *Somos*, y agregó: ''*En un partido la gente se suelta, se manifiesta. Ahí se acabaron las diferencias de clase, las diferencias de poder. Y se produce un fenómeno social como es el fútbol. Y Boca es representante de ese fenómeno con su hinchada, su Bombonera, sus triunfos... Yo estoy ligado vocacionalmente al fútbol: el de pasión, el de fiesta, el de espectáculo. Mi proyecto como ser humano, si es que tengo alguno, es ser un entrenador de fútbol que se esfuerza por responder a un sentimiento*'' (*Somos*, diciembre de 1986). Quien haya leído atentamente las líneas anteriores, habrá comprendido algunas razones por las que Menotti seduce como ningún otro individuo dedicado a la azarosa profesión de dirigir futbolistas profesionales. El escapa del arquetipo, él, Menotti, habla como un miembro de la clase media bien informada; posee discurso para mucho más que el fútbol y, al menos en la intención, sabe vincular a éste con el resto de la vida social. ¿Cómo no va a ser ello atractivo para los medios de comunicación? ¿Cómo no va a crear periodistas, gente del deporte y personas en general que sean fervientes ''menottistas''? ¿Cómo no va a justificar que Jorge Valdano lo bautice ''gran comunicador''?

El problema surge cuando se analiza la consistencia de que está hecho el fenómeno. Por lo pronto, un enfoque podría fincar en torno a las posibilidades de ser o no un reformista en el fútbol. Menotti, sin duda, no menciona en vano que dicho juego constituye un hecho cultural, porque ese tema él lo supo calibrar a la perfección. Quizás ahí se encuentre su mayor mérito. El entendió una idea que prácticamente ha aplicado en todos sus equipos: que era necesario rescatar una raíz técnica, antropológica y rioplatense del fútbol: la gambeta, el toque corto, la habilidad y el virtuosismo, pero adecuados al ritmo competitivo de esta época. En tal sentido, su modelo fue la actualización táctica y atlética de los brasileños, que los convirtió de netos perdedores en tricampeones del mundo manteniendo, a la vez, su clásico estilo. Desde el Huracán del '73 al Boca Juniors del '87, pasando por la selección argentina del '78, tal concepto existe como una matriz evidente y positiva, cuyo instante cúspide fue el formidable equipo juvenil que ganó el mundial de su división en Tokio: entonces se vio algo muy cercano al ideal. Sin embargo, una cosa es el espectáculo y otra la política, si se las mezcla puede salir un dibujo imprevisto. Se diría que sólo un ciego olvidaría las condiciones en las cuales sus dirigidos triunfaron en la Copa del Mundo que tuvo por sede a la Argentina, y acaso un mudo dejaría de tomar en cuenta las realidades que entonces fueron marco del suceso deportivo. Por una parte, dentro de la competencia sobraron los detalles oscuros y que, como un viento de popa, empujaron siempre a favor del local. En la primera ronda, los habituales fallos arbitrales en beneficio del equipo anfitrión; en la segunda, el horario desdoblado de semifinales y el trámite francamente escandaloso del partido Argentina-Perú, pero sobre todo hay otro aspecto digno de sospecha: hubo jugadores como Ortiz que sufrieron luego de ese torneo una misteriosa enfermedad y, en especial, una baja física que jamás fue reparada. Ortiz, Kempes, Luque, nunca volvieron a rendir como en aquellos días electrizantes de 1978, nunca fueron los mismos. Si todo ello ha rodeado a aquel campeonato de un halo de inmoralidad muy semejante al de 1966, en Inglaterra, donde también los locales fueron al podio en medio de situaciones deportivamente equívocas, tampoco es ajeno el tema extrafutbolístico. El asesinato del general Actis, la pugna por el control del EAM '78 –que en definitiva ganó el masserismo–, las críticas a los gastos demandados por el mundial de parte de funcionarios que respondían al Ejército, la aparición de cuentas que no se aclararon, la cooptación de la AFA por el poder militar durante ese período, son indicadores de que el espectáculo balompédico integraba una disputa interfuerzas y su repercusión masiva se incluía, más allá de los protagonistas visibles en los estadios, dentro de los esbozos de un plan político que le diera al régimen un consenso en la sociedad argentina.

¿Cuál fue el papel de Menotti entonces? Más concretamente, ¿era un profesional lato, empeñoso en su tarea específica, un reformador de hábitos del fútbol ajeno o superado por aquella trama de intereses? Es posible. Sin embargo, este hombre que se define a sí mismo como ''un revolucionario'', que dice ''yo quiero cambios'', que ha esquivado cuidadosamente toda filiación partidaria en la izquierda, ¿no compartiría en esas jornadas, hoy tan opacas y confusas, las posiciones de aquel partido de izquierda que preconizaba a algunos militares como ''demócratas'' y a otros como la célebre y mal diferenciada ''ala fascista'' del golpe de 1976? ¿Director técnico, compañero de ruta, colaborador? ¿Acaso las tres cosas combinadas por circunstancias difíciles de discernir para cualquier individuo? Es obvio que el fútbol queda relegado a un segundo plano y que esto no ocurre porque sí; el personaje así lo ha querido.

Un cuidadoso descubridor de contrasentidos se haría una fiesta con Menotti y su circunstancia. Por una parte se afirma demócrata y –claro está– progresista, pero a la vez no oculta la soberbia: expulsa a un periodista que no le agrada de una reunión con la prensa, califica con desprecio a otros que discrepan con él y sostiene enfático: ''Yo a los enemigos me los merezco''. No paran ahí las cosas: en enero de 1987 se hace cargo del plantel de Boca Juniors con un salario mensual de 10.000 dólares y aplicando al hecho argumentos muy atendibles de cultura popular y de principios individuales; pero seis meses después se aleja de la institución de la Ribera deslizando nuevamente razones políticas y sociales: la soledad de Alfonsín, el no estar de acuerdo con el ministro de Economía, la falta de garantías en materia de libertad, salud, inversión, futuro (*La Semana*, 12/8/87). ¿Es que esos motivos no estaban presentes medio año antes, o fueron más poderosas otras cuestiones de índole personal y económica? ¿Cuánto influyó en su éxodo a Madrid un contrato por 600.000 dólares? En fin, es el mismo Menotti que acuñó la categoría ''fútbol de izquierda'' para referirse a sus planteos en favor de un juego ofensivo, arriesgado tácticamente, generoso con el espectáculo, sin duda con la explícita intención de oponerlo al de los técnicos especuladores y aferrados a esquemas rígidos. Olvidó que ese ''fútbol de izquierda'' ganó un mundial con el apoyo de una dictadura y en un contexto plagado de inmoralidades, mientras un arquetipo del cálculo como Bilardo ganó otro mundial en terreno ajeno, sin respaldo del público y bajo un estilo con momentos de solidez, coherencia y hasta belleza como no alcanzara la selección mayor de Menotti. Ni la desmemoria, ni el uso mecanicista de ideas políticas en las artes y los espectáculos, sirven para apresar la realidad.

En el narigón, realista y poco agraciado doctor Bilardo uno adivina al profesional duro, hecho a sí mismo y no demasiado contemplativo con los escrúpulos; en política, se adivina en él a un miembro de la derecha espontánea. Con el longilíneo, tormentoso, polémico ex entrenador de Boca Juniors, en cambio, se encuentra una figura mucho más complicada. Es como si entre las citas de Ingenieros y de Mario Benedetti, entre la cultura del café y la del jet set doméstico, entre la ética masculina del barrio y la cancha grande de las ideas políticas, entre los principios de un reformista del fútbol y las crudas –a veces hasta crueles– necesidades de un ambiente profesional competitivo, tenso, canibalesco, entre las aspiraciones legítimas y las concesiones pragmáticas, no hubiera un punto de equilibrio. Y lo más llamativo: que esto se desliza a través de un verdadero torrente verbal. Si se repasa con detenimiento el material sobre César Luis Menotti recogido en múltiples entrevistas, hay dos temas que se pueden considerar casi constantes: el no querer ser ''un imbécil'' y la necesidad de decir siempre ''lo que me revienta''. La duda es respecto a que ambas premisas sean igualmente verosímiles, porque entre la inflación menottiana de lenguaje oral y los hechos aparece un hiato que se incorpora como un dato más de este personaje mitológico, tal vez como su característica fundamental: las palabras no designan a las cosas, ¿por dónde van las palabras y por dónde van las cosas? Ciertamente, Menotti no es prima facie responsable de los viles usos políticos que persiguieron los dictadores con las victorias futbolísticas de 1978 y 1979, pero sobre todo la primera bien merecería, entre tantas frases al viento, alguna que aborde en serio aunque más no sea su dudoso trámite deportivo. Ciertamente, la lectura política de sus actos –hasta en una faz conjetural– es algo que él no se cansa de proponer. Y sin lugar a dudas, episodios como su comparación del terreno de juego con una extensión simbólica del escenario de la guerra de las Malvinas, en 1982, no merecen más comentarios.

En el fútbol, Menotti sabe su oficio y como inyectarle electricidad al espectáculo, pese a que no siempre su teoría se compadezca con la práctica y la ideología para nada se vincule con la particularidad de la competencia deportiva. Como mito de los medios, como individuo que acepta con gusto que su verbo adquiera un espacio público, da la impresión de que el verdadero tema está también en otra parte. Habría que pensar, en ese sentido, en qué medida los silencios, sinceridades, oportunismos –sean o no deliberados– y profusos juegos de réplicas y contrarréplicas que el personaje ejerce a menudo, forman parte de una franja de opinión pública en años tan duros como los contemporáneos. Habría que averiguar la ejemplaridad del mito.

